

ALVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

VIDA DE SANTO DOMINGO SAVIO



UN ADOLESCENTE SANTO

1ª PARTE. DECISION A LA SANTIDAD

1º.- Primeros años de Domingo

En un pequeño pueblo italiano llamado San Giovanni da Riva (cerca de Chieri) vivía un matrimonio formado por Carlos Savio y Brígida Agagliate. Eran pobres pues no disponían de muchos recursos ni dinero. No obstante eran honrados y procuraban vivir de forma honesta, amando a Dios y practicando su fe cristiana lo mejor posible.

El 2 de Abril del año 1842 les nació, como fruto de su matrimonio, un hermoso niño al que pusieron por nombre Domingo.

Como eran muy cristianos pusieron mucho empeño en educar a su hijo según la fe católica. El pequeño, de esta manera, a los cuatro añitos ya rezaba el solito antes de acostarse y al levantarse.

Era muy obediente a sus papas y no les causaba ninguna molestia, cumpliendo así la palabra divina: *Quien honra a su padre expía sus pecados, y quien respeta a su madre es como quien acumula tesoros (Si 3, 3-4)*. Sus padres dijeron de él más tarde: "Pequeñito aún, en esa edad en que los niños por irreflexión natural suelen ser para sus madres de gran molestia y trabajo, pues todo lo quieren ver y tomar, y a menudo romper, nuestro Domingo no nos dio el más pequeño disgusto". Cuando su padre volvía del trabajo Domingo lo estaba esperando con mucho cariño. Incluso le buscaba con rapidez una silla para que se sentase y pudiese descansar.

Desde los cinco años empezó a rezar antes de comer y a

tener presente a la Santísima Virgen María frecuentemente durante el día.

Un día sus padres, sin acordarse de hacer la oración antes del almuerzo, se sentaron sin más a comer.

-Papá -dijo Domingo-, aún no hemos invocado la bendición de Dios.

Y dicho esto empezó él mismo a santiguarse y a rezar la oración que había aprendido.

En otra ocasión vino a la casa un invitado a comer. Al sentarse a la mesa no hizo la señal de la cruz. Domingo, sin decir nada, se retiró a un rincón con la cabeza agachada. Cuando sus padres le preguntaron por qué lo había hecho respondió:

-Yo no me atrevo a ponerme a la mesa con uno que empieza a comer como lo hacen las bestias.

El cura del pueblo, el Padre Juan Bautista Zucca, pronto se dio cuenta de que aquel niño era especial. Lo veía en la Iglesia rezando sin armar jaleo, a pesar de su corta edad. El propio sacerdote declaró más tarde: "A los cinco años había ya aprendido a ayudar a Misa y lo hacía con muchísima devoción. Iba todos los días a la Iglesia y, si otro quería ayudar, la oía con la más edificante compostura".

Cuando algunos de sus amiguitos le invitaban para hacer cosas malas tales como burlarse de las personas ancianas, tirar piedras, robar fruta o causar daño en los campos Domingo sabía decirles que no y lamentaba sus malas acciones.

2º.- Su primera comunión

En aquella época los niños no hacían la primera comunión hasta cumplir los 11 años. Domingo, con tan sólo 7 años (aunque aparentaba menos porque era de constitución pequeña) mostró muchos deseos de recibirla cuanto antes. Como tenía un comportamiento tan bueno el sacerdote decidió ponerlo a prueba y comprobar si sabía el catecismo. Domingo no sólo sabía perfectamente el catecismo sino que demostró que no se había limitado a aprender la enseñanza de la fe de memoria sino que entendía el sentido profundo de la presencia Real de Jesús en la Eucaristía y lo que significaba recibirle en la sagrada comunión. Por eso el sacerdote hizo una excepción y le permitió adelantar la comunión.

Cuando se enteró fue corriendo, lleno de alegría, a su casa para informar a sus padres. Desde entonces quiso prepararse lo mejor posible para lo que él consideraba uno de los momentos más importantes de su vida: ¡recibir a Jesús por primera vez! Intensificó los ratos de oración en la Iglesia y en su casa pidiéndole al Señor y a la Virgen le ayudaran a prepararse bien.

Cuando llegó el día, 8 de Abril del año 1849, Domingo se levantó muy temprano. Con mucha alegría fue a la Iglesia para confesarse por primera vez y preparar así su alma para recibir a Jesús. Después, durante la Santa Misa, recibió su primera comunión. Lo hizo con mucho fervor y amor a Dios.

Fue un día inolvidable. Años más tarde, hablando de este

momento, mostraba mucha alegría en su rostro mientras decía:

-¡Ah!, fue aquel día el más hermoso y más grande de mi vida.

Con motivo de su primera comunión quiso Domingo hacer cuatro propósitos de vida que, desde entonces, decidió cumplir con toda exactitud. Para no olvidarlos los escribió en una hojita que leía con frecuencia. Decía lo siguiente:

“Propósitos que yo, Domingo Savio, hice en el año 1849 cuando hice mi primera comunión a los siete años de edad:

1º.-Me confesaré muy a menudo y recibiré la sagrada comunión siempre que el confesor me lo permita

2º.-Quiero santificar los días de fiesta

3º.-Mis amigos serán Jesús y María

4º.-Antes morir que pecar”.

He aquí todo un plan de vida:

1º.-Confesarse a menudo y recibir la sagrada comunión:

Recibir con frecuencia estos dos sacramentos nos permiten mantener la unión con Dios y la pureza del alma.

2º.-Santificar los días de fiesta: Asistir a la Santa Misa el domingo y vivirla con fervor.

3º.-Mis amigos serán Jesús y María: Tener una auténtica y verdadera relación de amor y amistad con Jesús y la Virgen María, mediante una oración hecha con el corazón. Vivir con plena confianza en ellos.

4º.-Ante morir que pecar: luchar contra todo aquello que pueda suponer una ofensa a Dios. Cumplir, pues, los diez mandamientos.

3º.- Evitando los malos compañeros

Cuando cumplió diez años de edad Domingo, para poder continuar sus estudios, debía abandonar la escuela de la aldea donde vivía e ir a la del pueblo. Como no tenía ningún medio de transporte tenía que hacer todo el trayecto a pie, tanto por la mañana como por la tarde. En total, entre idas y venidas, andaba cada día 20 kilómetros, a veces bajo un sol abrasador o lluvias torrenciales. Pero él iba muy contento porque siempre tenía presente a Jesús, a María y a su ángel de la guarda.

Un día una persona mayor, viéndole dirigirse solo al colegio a eso de las dos de la tarde bajo un calor sofocante, se le acercó y le preguntó:

-Amiguito, ¿no tienes miedo de ir solo por este camino?

-No voy solo, señor, mi ángel custodio me acompaña en todos mis pasos.

-¡Pero es un camino pesado con tanto calor, teniendo que hacerlo cuatro veces al día!

-Nada es pesado cuando se hace por un Amo que sabe pagar bien.

-¿Y quién es ese Amo?

-Dios Nuestro Señor, que paga hasta un vaso de agua que se dé por su amor. ¹

La persona mayor quedó admirada de la respuesta de Domingo.

Había, no obstante, un grave peligro para Domingo, un peligro que amenaza a todos los jóvenes que quieren vivir

bien: los malos compañeros. Todos sabemos que no siempre los amigos que tenemos son del todo buenos: muchas veces hacen cosas malas y si nos juntamos con ellos, poco a poco, podemos empezar a ser malos como ellos, aprender cosas malas de ellos y alejarnos de los buenos propósitos que teníamos. No en vano la Sagrada Escritura avisa: *Las malas compañías corrompen las costumbres (1 Cor 15, 33).*

Los malos compañeros de Domingo solían aprovechar los grandes calores para ir a bañarse, sin que lo supieran sus padres, a las lagunas y los estanques cercanos. Pero aquello era muy peligroso porque muchos no sabían nadar y corrían el riesgo de ahogarse. Además: el estar unos con otros bañándose sin ropa les hacía aprender cosas malas que ofenden a Dios. A Domingo le invitaron un día a estos baños y él, sin saber de que se trataba, fue. Pero cuando después le dijeron que era algo malo se arrepintió mucho de haber ido y no quiso volver nunca más. Sin embargo dos de sus compañeros, que eran los más listillos y espabilados, intentaron en otra ocasión que Domingo los acompañara:

-Domingo, ¿quieres venir a dar un paseo con nosotros?

-¿Adónde?

-Al río, a bañarnos.

-¡Ah, no!, yo no voy. No sé nadar y puedo ahogarme.

Nota 1: *El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa (Mt 10, 42).*

-Ven, hombre: que es muy divertido.

-Pero tengo miedo de ahogarme.

-¡Bah! ¡Fuera miedo! Te enseñaremos nosotros a nadar. Ya verás como nos zambullimos y nadamos en el agua como patos.

-Pero, ¿no es pecado ir a estos lugares donde hay tantos peligros?

-¡Quita! ¿No ves que va todo el mundo?

-El que todos vayan no prueba que no sea pecado.

-Pues, si no quieres echarte al agua, ven a ver a los demás...

-Basta. Me encuentro confuso, no sé que decir...

-ven, ven, no tengas miedo; no es malo. Nosotros te libramos de cualquier peligro.

-Antes de hacer lo que me decís quiero pedir permiso a mamá.

-¡Calla simplón! ¡Cuidado con decírselo a tu madre, que ella no sólo no te dejaría venir sino que nos delataría a nuestros padres que nos sacudirían una buena!

-¡Ah! Si mamá no quiere que vaya es señal de que es malo y por eso no voy. Y si queréis que os hable claramente os diré que, engañado, he ido una vez, pero que en adelante no iré jamás, porque en tales sitios siempre hay peligro o de ahogarse o de ofender al Señor. Y si eso no gusta a vuestros padres no deberíais hacerlo, porque el Señor castiga a los hijos que hacen cosas contrarias a lo que mandan su padre o su madre.

4º.- Su actitud en la escuela

En la escuela tenía una norma: si veía algún compañero atento a las explicaciones y que cumplía sus deberes, procuraba hacerse amigo suyo. En cambio se alejaba de los desobedientes y los que no hacían otra cosa que ser una molestia para los profesores. De esta manera se cuidaba a sí mismo para mantenerse siempre en un camino bueno y ordenado. De hecho gracias a este sistema Domingo aprovechó muchísimo y pronto se convirtió en uno de los alumnos más inteligentes, ganándose el respeto de todos.

Los maestros estaban encantados con él porque se portaba muy bien, llegaba siempre puntualmente, con los deberes hechos, y no molestaba jamás en clase. Siempre guardaba una compostura digna.

Sin embargo un día se cometió en la escuela una gamberrada: algunos alumnos llenaron la estufa de piedras y nieve. Los culpables, temiendo ser descubiertos, echaron la culpa a Domingo. El maestro no podía creer que un alumno tan ejemplar fuera el causante del estropicio pero los otros supieron mostrarse tan convincentes que finalmente acabó por creerles. Fue, pues, a la clase muy enfadado. Y después de hablar de lo mal que había estado la gamberrada se volvió hacia Savio y le dijo:

-¿Y esta falta la tenías que cometer tú? ¿No merecerías que te expulsaran al instante de la escuela? Da gracias a Dios que es la primera vez que has hecho una cosa semejante; pero haz también que sea la última.

Domingo bajó la cabeza y calló. En castigo fue colocado de rodillas, en medio de la clase. Más él no dijo nada.

Al día siguiente fueron descubiertos los verdaderos culpables. El maestro llamó aparte a Domingo y le dijo:

-Domingo, ¿por qué no me dijiste que eras inocente?

-Porque, habiendo ya el culpable cometido otras faltas tal vez hubiera sido expulsado de la escuela. Yo en cambio esperaba ser perdonado siendo la primera falta de que se me acusaba. Además, pensaba también en nuestro divino Salvador, Jesús, que fue injustamente calumniado.

Esta respuesta y la actitud tan generosa de Domingo dieron mucho que pensar al maestro. Finalmente, viendo que el niño era muy bueno y muy listo, decidió que ya era hora de enviarlo a un lugar donde aprovechara más en los estudios y aprendiera más. Enseguida pensó en el Oratorio, una especie de escuela-internado que había fundado un sacerdote italiano en Turín. El sacerdote se llamaba Juan Bosco.

5°.- Encuentro entre Domingo y San Juan Bosco

San Juan Bosco, sacerdote italiano, inspirado por Dios y por la Virgen, había hecho una casa muy grande llamada "Oratorio" donde recogió a muchos niños pobres que estaban en la calle, sin estudios ni trabajo, dedicados a la delincuencia. Allí los ponía a estudiar y les enseñaba oficios para que pudieran trabajar. También recibían una completa

formación de fe y vida espiritual, para que amaran a Dios y siguieran el camino del Evangelio. Algunos de los muchachos estaban internos en el Oratorio: vivían y dormían allí.

José Cugliero, el maestro de Domingo Savio, fue a hablar con San Juan Bosco en el año 1854. Quería que el santo admitiera al niño en el Oratorio. Para convencerle, entre otras cosas, le dijo:

-Aquí, en esta casa, es posible que tenga usted jóvenes que le igualen, pero difícilmente habrá quien le supere en talento y virtud.

El 2 de Octubre de 1854 tuvo lugar el encuentro entre ambos. San Juan Bosco tenía 39 años y Domingo Savio 12. El propio santo nos contaría más adelante lo sucedido:

“Era el primer lunes de Octubre, muy temprano, cuando vi aproximarse un niño, acompañado de su padre, para hablarme. Su rostro alegre y su porte risueño y respetuoso atrajeron mi atención.

-¿Quién eres -le dije-, de dónde vienes?

-Yo soy -respondió- Domingo Savio, de quien le ha hablado a usted el señor Cugliero, mi maestro, y vengo del pueblo de Mondomio.

Le llevé entonces aparte y, puestos a hablar de los estudios hechos y del tenor de vida que hasta entonces había llevado, pronto entramos en plena confianza, él conmigo y yo con él.

Advertí en aquel jovencito un corazón en todo conforme con el espíritu del Señor y quedé no poco maravillado al considerar cuánto le había ya enriquecido la divina gracia, a

pesar de su tierna edad. Después de un buen rato de conversación, y antes de que yo llamara a su padre, me dirigió estas palabras textuales:

-Y bien, ¿qué le parece? ¿Me lleva con usted a Turín a estudiar?

-Ya veremos. Me parece que el paño es bueno.

-¿Y para qué podrá servir el paño?

-Para hacer un lindo traje y regalarlo al Señor.

-Así, pues, yo soy el paño, sea usted el sastre; lléveme, pues, con usted, y hará de mí el traje que desea para el Señor.

-Está bien; quiero probar si tienes suficiente capacidad para el estudio; toma este librito, estudia hoy esta página y mañana me la traerás aprendida.

Dicho esto le dejé en libertad para que fuera a jugar con los demás muchachos y me puse a hablar con su padre. No habían pasado aún ocho minutos cuando, sonriendo, se presenta Domingo y me dice:

-Si quiere, le doy ahora mismo la lección.

Tomé el libro y me quedé sorprendido al ver que no sólo había estudiado al pie de la letra la página que le había señalado, sino que entendía perfectamente el sentido de cuanto en ella se decía.

-Muy bien -le dije-, te has anticipado en estudiar la lección, y yo me anticiparé en darte la respuesta. Sí, te llevaré a Turín... empieza desde ahora a pedirle al Señor que nos ayude a ti y a mi a cumplir su santa voluntad.

No sabiendo como expresar mejor su alegría y gratitud, me

tomó de la mano, me la estrechó y besó varias veces y al fin me dijo:

-Espero portarme de tal modo, que jamás tenga que quejarse de mi conducta.

6º.- Domingo llega al Oratorio

El 29 de Octubre de 1854 Domingo, con 12 años de edad, hizo su ingreso en el Oratorio. Enseguida fue a la habitación de Don Bosco a ponerse en sus manos. Se fijó en un cartel que el sacerdote tenía colgado en su pared. En él había una frase en latín: "Da mihi animas, caetera tolle". Ayudado por Don Bosco Domingo pudo traducirla: "¡Oh Señor! Dame almas y llevaos lo demás". Reflexionando en el sentido profundo de la frase el niño dijo:

-Ya entiendo. Aquí no se trata de hacer negocio con dinero, sino de salvar almas. Yo espero que también la mía entrará en esto.



San Juan Bosco nos contó, un tiempo después, la conducta de Domingo al llegar al Oratorio: "Su método de vida fue por algún tiempo el normal. En él no se veía otra cosa sino una observancia del reglamento de la casa. Se aplicaba con empeño al estudio, atendía con ardor a todos sus deberes y escuchaba con particular gusto los sermones. Tenía siempre presente que la Palabra de Dios es la guía del hombre en el camino del Cielo y, por tanto, las enseñanzas que oía en un sermón eran para él recuerdos indelebles que jamás olvidaba".

7º.- Su consagración a la Virgen María

Una de las características más importantes de la vida de Santo Domingo Savio fue su extraordinario amor a la Santísima Virgen María. La quería muchísimo, le rezaba constantemente y hablaba de Ella con mucho cariño y ternura, invitando a todos a ser sus fieles devotos. Con ocasión de la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, el 8 de Diciembre, Domingo quiso prepararse de un modo especial mediante una novena. Una novena consiste en ciertos actos y oraciones durante nueve días seguidos antes de una fiesta religiosa importante. El joven le dijo a San Juan Bosco:

-Yo sé que la Virgen concede un gran número de gracias a quien hace bien sus novenas.

-¿Y tú, qué quieres hacer en esta novena en honor de la Virgen?

-Quisiera hacer muchas cosas.

-¿Por ejemplo?

-Quisiera hacer una confesión general de mi vida para tener bien preparada mi alma. Luego procuraré cumplir exactamente las prácticas que hay para cada día de la novena... Quiero declararle guerra a muerte al pecado mortal.



María, os doy mi corazón....

Al finalizar la novena Domingo Savio se consagró a la Santísima Virgen María. Cuando la Iglesia se quedó vacía se dirigió al altar de la Virgen y renovó las promesas de su primera comunión. Luego repitió varias veces una breve oración de consagración:

-María, os doy mi corazón; haced que sea siempre vuestro. Jesús y María, sed siempre mis amigos; pero, por vuestro amor, haced que muera mil veces antes que tenga la desgracia de cometer un solo pecado.

Es bien sabido que aquella persona que se consagra de verdad y de corazón a la Santísima Virgen María es llevado por Ella, de una manera más rápida, al encuentro de amor con Jesús y a la santidad. Sin duda alguna su consagración supuso un importante paso en su crecimiento espiritual. ²

Nota 2: Para conocer una posible manera de consagrarse a la Virgen puede consultar el lector en la siguiente página web:

www.consagrationalavirgen.com

8º.- Evita heroicamente una pelea

Domingo empezó a sacar las mejores notas de los alumnos del Oratorio. Pero esto no le lleno de orgullo ni vanagloria porque él no estudiaba para quedar bien ni por el deseo de destacar. Él lo hacía porque sabía que, cumpliendo su deber, agradaba a Dios, y eso es lo único que quería. Un compañero que tuvo bastante cercanía con él declaró más

tarde: "Puedo afirmar que el amor de Dios ocupaba todos sus pensamientos, afectos y actos de su corazón; su único temor era el de ofender a Dios".

Entonces ocurrió un hecho impresionante. Dos de sus compañeros se habían enfadado entre ellos. Quedaron para ir a un lugar descampado y allí pelearse a pedradas. Cuando Domingo se enteró quiso evitar a toda costa la pelea: ¿acaso no oían en el Oratorio hablar del amor de Dios y de la necesidad de perdonarnos? ¿Cómo iban a hacer semejante ofensa a Jesús?

Hizo todo lo que pudo por evitarlo: les mando una carta, les recordó que aquello estaba mal... pero todo en vano. Finalmente los esperó al salir de la escuela y les dijo:

-Ya que seguís empeñados en esa barbaridad, os pido que aceptéis al menos una condición.

-La aceptamos -respondieron- con tal que no impida la pelea.

-La condición que voy a poner no impedirá el desafío.

-¿Cuál es?

-Prefiero decíroslo en el lugar donde vais a tiraros las piedras.

Los chicos no se fiaban, pues estaban seguros de que intentaría algo para evitar el enfrentamiento. Pero finalmente dejaron que les acompañara. Era tanto el odio que se tenían que, camino del lugar, poco faltó para que se liarán a puñetazos.

Una vez llegados al sitio Domingo permitió que se pusieran a distancia. Ya tenían las piedras preparadas en sus manos

cuando de repente les habló así:

-Antes de que empecéis quiero que cumpláis la condición que habéis aceptado.

Y sacando un pequeño crucifijo que llevaba al cuello, mientras lo levantaba en alto con una mano, dijo:

-Quiero que ambos fijéis vuestras miradas en este crucifijo y, arrojando luego una piedra contra mí, digáis en voz alta y clara estas palabras: "Jesucristo inocente murió perdonando a los que le crucificaban y yo, pecador, quiero ofenderle y vengarme".

Y corriendo hacia el que se mostraba más enfurecido se arrodilló ante él diciéndole:

-Dame el primer golpe: tírame una fuerte pedrada en la cabeza.

Éste, que no esperaba semejante reacción, comenzó a temblar:

-¡No, jamás! Yo no tenga nada contra ti. Si alguien se atreviera a insultarte yo te defendería.

Apenas escuchó estas palabras Domingo corrió a arrodillarse ante el otro diciéndole lo mismo. Tampoco éste quería hacerle daño alguno. Entonces Domingo, poniéndose en pie, con un aspecto serio y conmovido, dijo:

-¿Cómo es que estáis los dos dispuestos a evitar mi daño, aunque soy una pobre criatura, y para salvar vuestras almas, que han costado la sangre de Jesucristo el Salvador, a quien vais a ofender con este pecado, no sois capaces de perdonaros un insulto hecho en la escuela?

Dicho esto calló, pero mantuvo levantado el crucifijo. Los

dos muchachos, conmovidos, decidieron olvidar su pelea. Uno de ellos incluso comentó: “En aquel momento me sentí enternecido; un escalofrío corrió por mi cuerpo y me llené de vergüenza por haber obligado a tan buen amigo a usar medios tan extremos para impedir nuestro pecado. Queriéndole dar al menos una señal de agradecimiento, perdoné de todo corazón al que me había ofendido y rogué a Domingo que me indicara algún sacerdote con quien pudiera confesarme”.

Este hecho lo conocemos gracias a los dos chicos que iban a pelearse, que contaron lo sucedido. Domingo jamás hablaba de las buenas obras que hacía pues sólo buscaba agradar a Dios y no a los hombres.

9º.- Su resolución de ser santo

Tras seis meses en el Oratorio ocurrió un hecho determinante en la vida de Domingo. Un día San Juan Bosco estaba dando una pequeña charla a los alumnos del Oratorio. Les hablaba de lo fácil que es llegar a ser santo: todos, niños y jóvenes, pueden ser santos pues para ello basta con cumplir en todo la voluntad de Dios, especialmente en los pequeños deberes de cada día, y mantenerse alegres y felices, ya que la tristeza nos paraliza y desanima e impide la acción de Dios en nuestra vida.

Aquellas palabras impresionaron fuertemente a Domingo. Desde ese momento se le vio menos alegre, más pensativo, como dándole vueltas a un asunto en su cabeza... Asimismo se aislaba mucho de los demás. Don Bosco lo notó y,

temiendo que el muchacho tuviera algún problema serio de salud (pues era de constitución débil y enfermiza), se acercó a él para preguntarle si sufría algún malestar:

-Al contrario -respondió el joven-, lo que sufro... es un bienestar.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que siento como un deseo y una necesidad de hacerme santo. Nunca me hubiera imaginado que uno podía llegar a ser santo con tanta facilidad. Pero ahora que he visto que uno puede serlo estando siempre alegre, quiero y tengo necesidad de ser santo. Dígame, pues, qué he de hacer para dar comienzo a esta tarea.

San Juan Bosco le recomendó lo siguiente:

- 1.-No perder la alegría, porque cuando uno está triste no es capaz de reconocer la voz de Dios.
- 2.-Perseverar en el cumplimiento de los deberes religiosos y de estudio.
- 3.-Divertirse con los compañeros en el recreo.

Unos días más tarde estando nuevamente los dos hablando Don Bosco dijo al joven que quería hacerle un regalo que fuese de su agrado, pero que lo eligiese él. Domingo rápidamente respondió:

-El regalo que le pido es que me ayude a ser santo. Quiero darme todo al Señor, al Señor para siempre. Siento verdadera necesidad de hacerme santo, y si no me hago sano no hago nada.

El 24 de Junio de 1855, con ocasión de la celebración del

santo de Don Bosco, se invitó a todos los jóvenes del Oratorio a pedirle en un papelito algo que estuviera a su alcance concederles. Casi todas las peticiones eran ridículas. En el papel de Domingo, sin embargo, ponía lo siguiente: “Pido que salve mi alma y me haga santo”.



El regalo que le pido es que me ayude a ser santo

Este es el momento culminante de la vida de Domingo: la decisión firme de ser santo. Nadie alcanza realmente una profunda unión con Dios si no se decide, libremente y con determinación, a ser santo, venga lo que venga, suceda lo que suceda. Por eso tantos jóvenes que hoy rezan y van a la santa Misa mañana dejan de hacerlo y olvidan a Dios: porque simplemente practicaban la religión. Pero no habían decidido personalmente vivir de verdad y de corazón el amor de Dios en su vida.

10º.- Su deseo de salvar almas

Domingo Savio no sólo se preocupaba por la salvación de su alma. También le preocupaba la salvación de las almas de los demás. ¿No quiere el Señor que nos amemos unos a otros? ¿Y qué mayor amor podemos tener por los demás sino el de la salvación de su alma? Pues, como dice Jesús, *¿de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? (Mt 16, 26)*. ¿De qué sirven todas las demás cosas en este mundo si una persona finalmente se condena para siempre en el Infierno?

Por este motivo no dejaba pasar la oportunidad de dar buenos consejos, de hablar de las terribles consecuencias del pecado... Un día se le escuchó decir:

-¡Cuán feliz sería si pudiese ganar para Dios a todos mis compañeros!

No eran simples deseos. En la medida de sus posibilidades lo convirtió en hechos. Daba gustoso el catecismo a los

niños del Oratorio. Si alguno le necesitaba no importaba la hora o el lugar: siempre estaba dispuesto a hablar de Dios, la alegría de servirle, la fealdad del pecado y la importancia de la salvación del alma. En vacaciones, cuando iba a pasar unos días a su pueblo, reunía a los niños del lugar para hablarles de las cosas de la fe, repartirles medallas, enseñarles a rezar el Rosario, a rezar ante el sagrario... Decía con pena:

-¡Cuántos pobres niños se condenan tal vez eternamente por no haber quien los instruya en la fe!

Una vez, mientras estaba contando un ejemplo a un grupo de compañeros para animarlos a seguir el camino del bien y la virtud, uno se atrevió a decirle:

-¿Qué te importa eso a ti?

-¿Qué me importa? -respondió Domingo-. Me importa porque el alma de mis compañeros ha sido redimida con la sangre de Jesucristo. Me importa porque somos todos hermanos y como tales debemos amar nuestras almas. Me importa porque Dios recomienda que nos ayudemos unos a otros a salvarnos. Me importa porque si llego a salvar un alma tengo asegurada la salvación de la mía.

Vigilaba, asimismo, las malas influencias que podían dañar el alma de sus compañeros. Una vez en el recreo un hombre se metió entre los jóvenes y, contando chistes y cosas graciosas, consiguió atraer la atención de casi todos. Cuando vio que los tenía pendientes empezó a burlarse de las cosas sagradas, a atacar a los sacerdotes, a despreciar la fe católica... Algunos se retiraron pero una gran mayoría

seguí allí. Casualmente pasó por el lugar Domingo. Enterado de lo que ocurría se acercó al lugar y, sin ningún temor ni respeto humano, dijo a sus compañeros:

-Amigos, dejemos solo a este desgraciado que intenta robar nuestras almas.

Los muchachos obedecieron al instante, pues Domingo se había ganado, con su vida ejemplar y el cariño con el que trataba a todos, el corazón de sus compañeros. El hombre, al verse solo, avergonzado se marchó de allí y no volvió jamás.

En otra ocasión un grupo quería desobedecer a sus superiores que les habían prohibido ir a un lugar concreto a bañarse (el lugar era peligrosísimo y la posibilidad de que ocurrieran accidentes era muy grande). Domingo intentó convencerles de que no fueran. Cuando le dijeron que tenían mucho calor él les contestó:

-Si no podéis soportar el calor de este mundo, ¿podréis después sufrir el terrible calor del infierno que os vais a merecer?

Ante semejante argumento decidieron abandonar la idea y se quedaron jugando con Domingo. Luego pasaron un rato por la Iglesia. El resultado fue que pasaron un día mucho más divertido y alegre del que pensaban.

Continúa en la segunda parte: Viviendo la santidad